



Ser y
contar

Cabeza chueca

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

María Laura Dedé

ILUSTRACIONES

Gio Fornieles

COLECCIÓN 2019 - CUENTO Nº 5

Había una vez, en el tiempo de los cuentos, una coneja. Color arena, ojos incendio y dos orejas altas, tan altas, que le hacían cosquillas al cielo. Se llamaba Coneja y siempre iba de acá para allá por el campo, con sus orejas al sol.

Pero una mañana, la cabeza se le dobló. Coneja se levantó y su cabeza seguía acostada.

Miró a su alrededor y vio todo de costado: el piso tenía una ventana y del techo colgaban estantes con cosas que no se caían para nada. A Coneja casi le dio un soponcio.



Salió al campo para ver si afuera pasaba lo mismo y sí: los árboles crecían de costado y las nubes para arriba.

Coneja se puso a llorar. Dos lágrimas cayeron por su bigote.

–¡MAMÁ! –gritó Coneja, asustada. El grito salió derecho porque Mamá Coneja, que estaba en la huerta, la escuchó y se acercó a ver qué tenía.



MAMÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁ

–Tenés la cabeza chueca
–le dijo.

Trató de enderezarla, pero nada: la cabeza de Coneja no se quería levantar.

Mamá Coneja llamó al papá, que era bombero.

¡Ninú, ninú, ninú!, llegó el papá, a ver qué tenía.



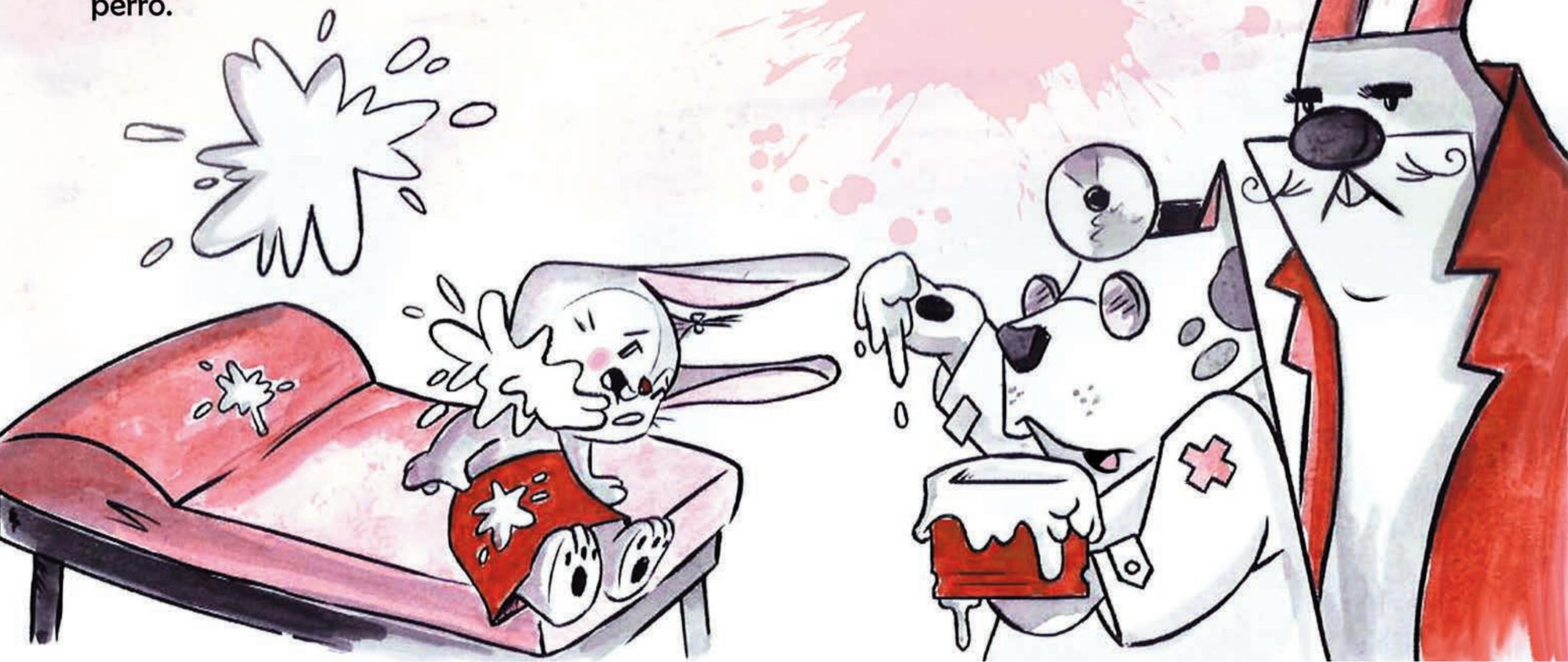
Trató de enderezarla, pero nada: la cabeza de Coneja no se quería levantar.

Papá Conejo llevó a Coneja al doctor.

-¡Guau! Tenés la cabeza chueca -dijo el doctor, que era un perro.

Intentó enderezarla con lamidas, masajes y una cremita, pero nada. El único remedio era esperar.

Y no faltar a la escuela ¿eh?
Las cabezas chuecas tampoco son fiebre ni varicela.



Cuando la semana llegó a su fin, llegó el fin de semana. Coneja quiso ir de acá para allá por el campo, como siempre, pero la oreja le dolía. Como Coneja no fue a jugar, los amigos se acercaron a la casa, a ver qué tenía.

—¿Qué tenés?

—preguntó el hornero.

—¡Una plantita!

—respondió la suricata, mirándole la oreja.

El hornero la picoteó despacito, pero además de la planta, en la oreja de Coneja había otra cosa. Era algo redondo, grande y duro. Verde claro y verde oscuro. Grandísimo. Un poquito sobresalía.

Coneja lloró asustada, y apareció la mamá. También el papá.

Y todos (hasta un cerdito recién nacido) se pusieron a tironear del tallo de la plantita. Jala y empuja, jala y empuja jala y empuja... de la oreja de Coneja salió una dura, verde y redondísima... sandía.



–¡Miren! –se rieron todos.

Coneja también rió, porque la oreja no dolía más.

–Te dije que no te tragaras las semillas...

–sonrió la mamá.

–Y que te lavaras de vez en cuando esas orejas –la retó suave el papá.

Con la oreja vacía, la cabeza se enderezó y Coneja volvió a ver las cosas como antes. La sandía, por ejemplo, parecía rica.



La sandía, por ejemplo, parecía rica.

–¿La compartimos?

–¡Dale!

Papá Conejo la abrió y todos (el hornero, la cabra, la suricata y el cerdo recién nacido) corrieron a hincarle el diente. O el pico, depende.

Eso sí: no dejaron ni las semillas.

Y este cuento ya contado se escapó para ese lado.

